

CONFERENCIA

SOBRE

LA REVELACIÓN Y LA PROMESA DE LA EUCARISTÍA (1).

Ecce positus est hic in resurrectionem et in ruinam multorum in Israel, et in signum cui contradicetur. (San Lucas, II, 14.)

Hé aquí que ha sido establecido como un medio de resurrección y una ocasión de ruina para muchos en Israel, y como un signo que será contradicho.

¡Qué diversidad de opiniones, qué contraste de sentimientos, qué prontitud de castigos y de recompensas nos presenta el Evangelio de este día!

Muchos judíos habían creído ya en Jesucristo, sólo por haberle oído afirmar su divinidad y su celestial misión (2). Pero hé ahí enfrente de esas almas dóciles que le reconocen como hijo de Dios y Mesías, un pueblo orgulloso, insolente y perverso que le blasfema llamándole samaritano y poseído del demonio (3); y enfrente de muchos humildes y religiosos adoradores, un pueblo impío y homicida que toma piedras para lanzárselas (4).

(1) Precede al domingo de Pasión.

(2) *Hæc illo loquente, multi crediderunt in eum.* (*San Juan*, VIII, 30.)

(3) *Samaritanus es tu, et dæmonium habes.* (*Ibid.*, 48.)

(4) *Tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum.* (*Ibid.*, 50.)

El mismo contraste se observa entre la suerte de unos y otros, porque hé ahí que unos obtienen el premio de su fe en la promesa que el amable Salvador les hace de librarles de la muerte eterna, á condición de conservar el precioso depósito de sus revelaciones. Si alguno, había dicho, guarda en su corazón y practica fielmente mi palabra, quedará para siempre al abrigo de la muerte (1). Y hé ahí que los otros incurren inmediatamente en la pena de su obstinación y de su furor, porque la Suprema Sabiduría se oculta á sus miradas, abandona su templo y los deja entregados á su ceguedad (2), tanto más desgraciados, ¡ay! cuanto no saben lo que acaban de perder.

Así se cumplió literalmente en el templo de Jerusalem el oráculo misterioso que treinta y tres años antes había pronunciado en él el santo anciano Simeón, diciendo á María: «Este niño, signo de odio y de contradicción para muchos, y signo de fe y amor para otros muchos, será para aquellos una ocasión de ruina y de muerte, y para estos un medio de resurrección y de vida (3).»

Lo que aquel profeta predijo se ha cumplido completamente hoy día tocante á la augusta persona de Jesucristo; y se ha cumplido exactamente desde hace diez y ocho siglos en cuanto á su doctrina y su religión. Esa religión y esa doctrina, medio de resurrección y de vida para algunos, y de ruina y muerte para otros, ha encontrado, y aún encuentra al presente en el mundo, amigos que las buscan é indiferentes que no hacen caso de ellas; discípulos que las profesan y adversarios que las combaten; mártires que las confiesan y tiranos que las

(1) Si quis sermonem meum servaverit, non videbit mortem in æternum. (*San Juan*, viii, 51.)

(2) Jesus autem abscondit se et exivit de templo. (*Ibid.*, 59.)

(3) Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur. (*San Lucas*, ii, 34.)

persiguen; y en medio de las aclamaciones de los unos y de las blasfemias de los otros, amadas y aborrecidas, honradas y ridiculizadas, como su Divino Autor, prosiguen su carrera acá abajo, arrojando á sus detractores y profanadores á los infiernos, y llevando consigo á los cielos á sus sinceros admiradores y á sus fieles sectarios. *In ruinam et in resurrectionem multorum, et in signum cui contradicetur.*

Pero entre todos los dogmas, entre todos los misterios de la religión de Jesucristo, en cuanto al dogma inefable, en cuanto al grandioso misterio de la Eucaristía, se cumplió de una manera enteramente especial aquel oráculo profético. Mientras que es el objeto de la adoración, el símbolo de la unidad, la esperanza, la vida, el amor, las delicias de la verdadera Iglesia, es también el blanco de las contradicciones, sarcasmos, insultos y blasfemias de los incrédulos y de los herejes, y aún para muchos cristianos es una ocasión de cisma y de pérdida. Por manera que al Divino Salvador oculto en ese misterio convienen particularmente estas palabras: «Ha sido establecido como una ocasión de ruina y de resurrección para un gran número, y como un blanco de perpetua oposición.

Sin embargo, para hacer inexcusables á los desgraciados que se obstinan en negar ese misterio, y que se pierden con ese motivo, antes de instituirle en la última cena, el Hijo de Dios hizo la promesa más solemne y la revelación más a sombrosa, por manera que el más delicioso á la par que el más prodigioso de los misterios cristianos, es también el misterio manifestado al mundo por su Divino Autor en los términos más tiernos, más explícitos, más claros, más formales y más magníficos.

Esa promesa y esa revelación del misterio de la Eucaristía que precede en un año á su admirable institución es lo que voy á explicaros ahora. Os presentaré primero

el sublime discurso en que el Divino Salvador encerró esa revelación y esa promesa; procuraré haceros comprender su verdadero sentido y la consecuencia lógica y el admirable enlace de todas sus partes. Me dedicaré en seguida á haceros conocer la importancia, bajo el punto de vista de la realidad, de la verdad del misterio eucarístico. Y, por último, en las diferentes disposiciones con que fueron acogidas esa promesa y esa revelación cuando fueron hechas, os mostraré figuradas y predichas de antemano la injusticia, la maldad y la desgracia de los que la niegan, como también la virtud, la gloria y la felicidad de los que creen en ellas. Así nos afirmaremos en la fe de ese consolador misterio; mientras que es una señal de contradicción y de oposición para los incrédulos y los herejes, llegará á ser cada vez más para nosotros un objeto de veneración y de amor; y en la que esos insensatos encuentran un motivo de perdición, encontraremos nosotros un medio eficaz de salvarnos: *In ruinam et in resurrectionem multorum, et in signum cui contradicetur.*

PRIMERA PARTE.

Hay cristianos que no se explican que San Juan, el discípulo más adicto á Jesucristo y el más amado del Divino Maestro, sea el único de los Evangelistas que no ha hablado de la cena eucarística, en la que sin embargo se obró el más grande y á la vez el más tierno de los misterios de la nueva ley. Pero no es cierto que el gran teólogo, el sublime Evangelista del amor, haya permanecido enteramente silencioso en punto al gran misterio de la caridad; y si no ha dicho nada acerca de la manera en que ese misterio fué instituido, es porque había dicho lo bastante en cuanto á la manera en que ese misterio

fué revelado y prometido. Hay más: ninguno de los Evangelistas ha establecido mejor que San Juan la verdad de él, ni suministrado más sólidos argumentos ni en mayor número para destruir las dificultades que le oponen el orgullo y el sofisma, la ignorancia y la mala fe.

Hé ahí, en efecto, lo que encontramos en el cap. iv del Evangelio de San Juan, que muchos cristianos leen sin comprenderle, sin conocer su alcance, y sin darle la importancia que merece.

Era el día siguiente al en que el Divino Salvador, con cinco panes, sació á muchos millares de hombres. Todavía estaban dominados por la impresión de asombro que causara aquel prodigio, y todavía por decirlo así, tenían en la boca el inefable sabor del pan milagroso: seguían siempre al Divino Maestro, y no podían resolverse á separarse de su compañía. Mas el Hijo de Dios, conociendo el fondo de sus corazones, y sabiendo que eran mucho más sensibles á las ventajas que reportaban de sus milagros que á las verdades divinas de que aquellos milagros eran una prueba: «En verdad, les dijo, sé muy bien el motivo de vuestro anhelo en seguirme. Si me buscáis, no es porque los prodigios de que habéis sido testigos me hayan revelado á vosotros y os hayan enseñado á creer en mí; es porque habéis comido mi pan y os habéis saciado de él. Poco sensibles á las ventajas de vuestras almas, no os mueve más que el alimento de vuestros cuerpos. En verdad, os digo, me buscáis, no por las maravillas de que habéis sido testigos, sino por el pan con que os habéis saciado (1).» Y al punto, trasportando su discurso y el ánimo de sus oyentes de la figura á lo figurado, y de la tierra al cielo: «Os advierto, pues, añadió,

(1) Amen dico vobis queritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis de panibus, et saturati estis. (*San Juan*, vi, 26.)

que trabajéis en procuraros, antes que el alimento material que perece, el alimento espiritual que no se destruye; antes que el pan que hace vivir en el tiempo, la verdad y la gracia que os harán vivir en la eternidad. Vedme, aquí, Hijo del Hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios, pronto á daros ese alimento precioso de que Dios, mi Padre, ha querido daros con anticipación el gusto y la prenda en el pan prodigioso con que os habéis saciado. Afanaos, pues, no por el alimento que perece, sino por el que se conserva para la vida de la eternidad (1).»

Los judíos comprendieron muy bien por esas palabras que debían prepararse por alguna obra agradable á Dios para recibir el alimento celestial de que les hablaba el Hijo del Hombre, y le dijeron: «¿Qué debemos hacer para agradar á Dios (2)?» Y Jesucristo les respondió: «La primera obra que conviene ejecutar, y la más agradable á Dios, es la fe por la cual haréis profesión de creer que el que os habla es el Hijo de Dios, el Mesías que Dios ha enviado (3)» «Mas ¿por qué señal, le replicaron, podremos creerlos? ¿Por qué prodigio extraordinario nos probáis vuestra misión, y mostráis que habéis sido verdaderamente enviado de Dios, no sólo como un profeta, sino como el Mesías que nos ha prometido? Acabáis, es cierto, de obrar el prodigio de la multiplicación de los panes, y nos habéis alimentado en el desierto. Pero Moisés, ¿no alimentó también con el maná milagroso á nuestros padres en el desierto? Vos no nos habéis alimentado más que un solo día, al paso que Moisés alimentó un millón de hombres durante cuarenta años. Vos nos habéis suministrado un pan amasado por la mano de los hombres, cuando Moisés dió á nuestros

(1) Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam quem Filius hominis dabit vobis. (*San Juan*, vi, 27.)

(2) Quid faciemus ut operemur opera Dei? (*Ibid.*, 28.)

(3) Hoc est opus Dei ut credatis in eum quem misit ille. (*Ibid.*, 29.)

padres un pan fabricado por los ángeles y descendido del cielo. Y sin embargo, Moisés jamás pretendió pasar por el Mesías, sino por un profeta (1).»

«¿Qué decís? repuso al punto el Señor. El maná de Moisés venía de lo alto, formado en el aire por mano de los ángeles, pero no verdaderamente del cielo. En verdad os digo, que el verdadero pan bajado del cielo es el que en mí y por mí os ofrece mi Padre. Sólo ese pan, descendiendo del cielo y del seno de la Divinidad que habita en él, tiene la propiedad de dar la vida, no á un pueblo sólo, sino al mundo entero (2).»

A pesar de su estupidez, los carfanaitas comprendieron, por aquellas palabras tan elevadas pero tan claras del Salvador del mundo, que el pan de que les hablaba, mucho más nutritivo y exquisito que el maná, podía serles suministrado por el que habiendo hecho ya tantos y tan asombrosos prodigios, podía hacer de él otro más asombroso y más grande, dando un pan inagotable é imperecedero á los habitantes del mundo entero. Y así como al hablar en otro tiempo á la Samaritana de un agua capaz de aplacar la sed para siempre, el amable Jesús había inspirado á aquella mujer el deseo de aquella agua milagrosa y el valor de pedírsela: «Señor, dadme de esa agua para que ya no experimente la sed, ni tenga que volver aquí (3);» del mismo modo al hablar á los carfanaitas de su pan, capaz de saciar para siempre, hizo nacer en ellos igual deseo y la misma seguridad: «Señor, le dijeron: hacednos participar para siempre de ese pan

(1) Quod ergo tu facis signum ut videamus et credamus tibi? Quid operaris? Patres nostri manducaverunt manna in deserto; sicut scriptum est: Panem de cælo dedit eis manducare. (*San Juan*, vi, 30, 31.)

(2) Amen, amen dico vobis: non Moyses dedit vobis panem, panem de cælo, sed Pater meus dat vobis panem de cælo verum: Panis enim Dei est qui descendit de cælo et dat vitam mundo. (*Ibid.*, 32, 33.)

(3) Domine, da mihi hanc aquam, ut non sitiam, neque veniam huc haurire. (*San Juan*, iv, 15.)

para que no volvamos á tener hambre (1).» Y así como de que la Samaritana le hubiese pedido un agua material, el amable Salvador tomó un motivo para revelarla el grande misterio del agua espiritual de su gracia, así también cuando los carfanaitas le pidieron un pan material, aprovechó la ocasión de revelarles el misterio todavía más grandioso del pan eucarístico. En efecto, hablándoles con el tono y la majestad propia de la Sabiduría Encarnada, les dijo sin metáfora y sin enigma: «El pan de la vida eterna, el pan de que os hablo, soy yo mismo: el que venga á mí, ya no tendrá hambre: el que crea en mí, jamás tendrá sed (2).»

Mas como se trataba de la revelación del grande misterio de fe, del misterio de la fe por excelencia, porque es el misterio que más que ningún otro pone á prueba y corrobora nuestra fe, *mysterium fidei*, la Sabiduría Encarnada dirigió á los carfanaitas, y en sus personas á todos nosotros, la más grande y la más sólida instrucción sobre la necesidad de creer á Él y en Él, como Hijo de Dios y verdad de Dios. «Ya os he dicho y os repito, prosiguió el Señor, que todavía no poseéis esa fe: me habéis visto operar más maravillas que las que son necesarias para creer, y, sin embargo, aún no creéis en mi palabra (3). ¡Bienaventurados aquellos á quienes me envía, no el espíritu de curiosidad, sino la gracia de mi Padre!... Esos no me faltan; creen efectivamente en mí, y los que vienen á mí por ese camino, no los rechazo; los coloco á mi lado para instruirlos y guiarlos. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre. Y la voluntad de mi divino Padre, que me ha enviado, es que no pierda á ninguno de los que me

(1) Domine, semper da nobis panem hunc. (*Ibid.*, 34.)

(2) Ego sum panis vivus, qui venit ad me non esuriet: qui credit in me, non sitiet unquam. (*Ibid.*, 35.)

(3) Sed dixi vobis, quia et vidistis me, et non creditis. (*San Juan*, vi, 36.)

ha dado, sino que pueda resucitarlos á todos en el último día (1).» «Ya lo sabéis, añadió: tal es la voluntad del Padre que me ha enviado, que el que me ve á mí, su Hijo, crea en mí, de manera que yo pueda resucitarle en el último día y alcance la vida eterna (2).»

Lo que en este patético y sublime discurso del Divino Maestro hizo más impresión en sus oyentes, fué que Él mismo era el pan vivo bajado del cielo, lo cual era en efecto llamarse nacido de Dios de toda eternidad en el cielo, ó en el seno de Dios, antes de nacer como hombre sobre la tierra: era decirse una naturaleza humana sustancialmente unida á una persona divina; era titularse Dios á la par que hombre; era decir que, Dios y hombre, sería el verdadero alimento del hombre. Al oír hablar de ese modo al Salvador, los carfanaitas quedaron más disgustados de aquellas verdades abrumadoras para la razón, que movidos de las consoladoras promesas que acababa de hacerles. A pesar de cuanto les había dicho acerca del mandamiento de Dios de creer en su enviado, su orgullo, figura y precursor del orgullo de los herejes miró aquella revelación divina como una insoportable pretensión del orgullo humano, y comenzaron á murmurar y á decir entre sí: «¿Qué es lo que ese dice? ¿Hay osadía más sacrílega que la suya, en llamarse bajado de los cielos, cuando no es más que un hombre? ¿No conocemos á su padre y á su madre (3)?»

(1) Omne quod dat mihi Pater, ad me veniet, et eum qui venit non ejiciam foras; quia descendi de cælo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me. Hæc est autem voluntas ejus qui misit me Patris; ut omne quod dedit mihi non perdam ex eo, sed resuscitem illum in novissimo die. (*San Juan*, vi, 37, 38, 39.)

(2) Hæc est autem voluntas Patris mei, qui misit me; ut omnis qui videt Filium, et credit in eum, habeat vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. (*Ibid.*, 40.)

(3) Murmurabant ergo judæi de illo, quia dixisset: ego sum panis vivus qui de cælo descendi; et dicebant: ¿Nonne hic est Jesus, filius Joseph, cujus nos novimus patrem et matrem? Quomodo ergo dicit hic: Quia de cælo descendi? (*Ibid.*, 41, 42.)

Aquellas murmuraciones, por más injustas ó impías que fuesen, nada tienen de extraño ni que deba asombrarnos, como nos lo dice la misma Sabiduría increada por la notable respuesta que las opuso: «Nadie, replicó Jesús á sus sacrílegos detractores, nadie puede conocerme ni creer en mí, si la gracia del Padre celestial que me ha enviado, no le conduce á mis piés para que pueda hacerle renacer á la vida en el último día. Está escrito en los profetas que mis discípulos serán sólo aquellos que se mostrarán dóciles á la enseñanza de Dios: aquellos que en un sentimiento de humildad se dejaron tocar de las dulces impresiones que produce en ellos la voz de mi Padre, los que no combaten en sí mismos las lecciones interiores que reciben de Él, vienen sincera y francamente á mí: si vosotros no venís á mí de esa manera, si no queréis creerme, es porque vuestro orgullo os excluye de la escuela de Dios, y os impide oír el sonido de su voz y de su verdadera palabra, y ver el resplandor de su luz. No murmuréis, pues, contra mí, no os gloriéis de la actitud culpable que habéis tomado en vosotros mismos con respecto á mí, y de que por el contrario debéis confundiros y temblar delante de Dios (1).»

¡Cuán preciosas, cuán sublimes eran aquellas palabras, aquellas doctrinas, aquellas verdades!... ¡Cuán adecuadas eran, cuán á propósito á la grande revelación de que se trata!... Ellas nos enseñan cuánto el misterio eucarístico, que va á ser revelado á los hombres por la Bondad divina, es superior á la razón humana. Ellas nos enseñan cuán grande es la docilidad que supone la fe que exige: ellas nos enseñan, en fin, que esa fe don inefable del

(1) Respondit ergo Jesus et dixit eis: Nolite murmurare in invicem. Nemo potest venire ad me nisi Pater qui misit me traxerit eum; et ego resuscitabo eum in novissimo die. Est scriptum in Prophetis: Et erunt omnes docibiles Dei. Omnis qui audivit à Patre, et didicit venit ad me. (*San Juan*, vi, 43, 44, 45.)

Dios Padre, rehusada á la presunción y á la intemperancia de *raciocinar*, no es concedida más que á la feliz humildad de creer. Hé aquí el verdadero motivo que el Hijo de Dios señala á esa fe que pide, y que se debe tener plena y completa en su palabra: «Nadie, añadió, nadie ha visto jamás al Padre, excepto el que es de Dios y viene de Dios; por consecuencia, únicamente aquel á quien Dios ha mostrado los más profundos misterios de Dios y los más recónditos caminos de salvación, es el que puede revelarlos é instruir de ellos á los hombres. Por eso os aseguro que el que cree verdaderamente en mí, tendrá la vida eterna (1).»

Después de establecer así esa grande y magnífica doctrina que ninguna lengua humana había jamás articulado ni ningún oído humano había escuchado tocante á la divinidad de su origen, la importancia de su misión, la verdad de su enseñanza, la necesidad de la fe en su palabra y la confianza en su caridad, el amable Salvador volvió al asunto principal, á la revelación clara, precisa y brillante del misterio de la Eucaristía. Razón humana, póstrate; orgullo satánico, confúndete; humilde docilidad, edificate; tierno amor, consuélate. El mismo Hijo de Dios es el que habla y dice á los hombres: «Yo mismo soy el pan de vida, pan verdadero, pan real, que puede comerse como en otro tiempo se comió el maná, con la diferencia de que el maná comido por vuestros padres en el desierto no les impidió morir, mientras que el pan bajado del cielo, de que yo os hablo y que os prometo, no está destinado á prolongar una vida transitoria, pero es tal, que los que comen de él no morirán, y ese pan vivo soy yo mismo, que he bajado del cielo. Ese pan no

(1) Non quia Patrem vidit quisquam; nisi is qui est à Deo, hic vidit Patrem. Amen dico vobis: Qui credit in me, habet vitam æternam. (*San Juan*, vi, 46, 47.)

es otra cosa que mi propia carne, esa misma carne que será inmolada por la vida del mundo. Por consiguiente, el que coma ese pan, vivirá una vida sobrenatural que no concluirá jamás (1):» Hé ahí, pues, esa nueva y sublime revelación que Jesucristo hizo simultáneamente de la divinidad de su persona y del más grande é incomprendible misterio de su caridad.

Pero ¿cómo fué acogida por sus numerosos oyentes? Algunos, como largo tiempo después han hecho los herejes modernos, tomaron el discurso del Señor en un sentido alegórico, y como había insistido tanto en la necesidad de creer en él, pensaron que Jesucristo no había hablado más que de una manducación simbólica y figurativa de su carne por la fe, y que no había querido expresar metafóricamente más que la necesidad de recibir en sí su doctrina por la fe en su palabra, para obtener la vida eterna. Pero unas expresiones tan claras, tan precisas, tan enérgicas, y con tanta frecuencia repetidas, no permitieron al mayor número de los que las escuchaban el dudar de manera alguna que Jesús prometió su propia carne para ser verdadera y realmente comida. De ahí grandes murmullos, altercados muy vivos, disputas muy acaloradas, y gritos en el auditorio. Unos sostenían con firmeza que Jesucristo quería dar realmente á comer su cuerpo, y otros replicaban bruscamente: «No, no es posible que se haya atrevido á anunciar semejante enormidad. Sea cual fuere su poder en materia de prodigios, mientras viva no podrá dar á comer su carne, y muerto, todavía podría ménos hacer de su cuerpo el ali-

(1) Ego sum panis vitæ: Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt. Hic est panis de cælo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. Ego sum panis vivus qui de cælo descendi; si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum; et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. (*San Juan*, vi, 48, 49, 50, 51, 52.)

mento perpetuo de todos los hombres y de cada uno de ellos en particular (1).»

Pues bien, ¿qué dijo, qué hizo el Hijo de Dios? En vista del alboroto y de las controversias que su discurso había producido entre el pueblo y aun entre sus mismos discípulos, ¿modificó acaso su lenguaje, y procuró dulcificar sus expresiones? ¿Trató de dar una explicación menos chocante, más plausible de sus palabras? Al contrario; insistiendo en lo que había dicho: «Murmurad, les replicó, cuanto os plazca sobre la imposibilidad que encontráis de daros á comer mi cuerpo: no por eso es menos cierto que yo, el Hijo del hombre, daré no sólo á comer mi carne, sino también á beber mi sangre; y os juro que si no coméis esa carne y si no bebéis esa sangre, jamás tendréis en vosotros la prenda de la vida: porque solamente el que come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna y será resucitado por mí en el último día (2).»

¿Hay acaso algo más claro, más formal, más preciso? Y sin embargo, para evitar toda interpretación arbitraria, toda alteración del sentido inmediato y literal de sus palabras, el Divino Maestro prosiguió en estos términos: «No, no se trata aquí de una manducación ideal y fantástica, sino de una manducación física y real. Mi carne es un verdadero alimento que se come, y mi sangre es realmente un líquido que se bebe (3). Como cualquiera

(1) Litigabant ergo ad invicem dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? (*San Juan*, vi, 53.)

(2) Dixit ergo eis Jesus: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. (*Ibid.*, 54, 55.)

(3) Una señora protestante, pero que sin embargo creía conocer muy bien el Evangelio, decía un día en nuestra presencia: «Vuestro dogma de la presencia real es tan exorbitante y tan difícil de aceptar, que si fuese verdadero, el Cristo no hubiera dejado de revelarles en términos tales que hubiese sido imposible el dar á esa revelación el sentido metafórico y espiritual que nosotros los protestantes le damos. Hubiera debido decir, y lo habría dicho en efecto: «Observadlo bien, mi carne es un verdadero alimento, mi sangre es una verdadera bebida: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre.»— Es una fatali-